

La chica del vestido rojo, por Rebeca Daboin.

Era una tarde calurosa de verano, los niños iban de un lado a otro conversando entre ellos pues faltaba poco para Halloween y a pesar del calor nada les impediría celebrar aquello, un grupo en específico hablaba sobre su plan acerca de hacer una visita a la que se consideraba "la casa embrujada del pueblo", una vieja mansión que fue abandonada luego de que sus dueños fallecieron en un trágico accidente y su única hija desapareciera poco después, habían muchos rumores sobre lo que le sucedió a la pobre muchacha, algunos decían que la secuestraron, otros que la chica se suicidó en una habitación de la casa, pero ninguno de los casos fueron confirmados por lo que lo que le sucedió quedó en un misterio. Los niños querían hacer un acto de valentía yendo a pedir dulces a la gran casa, por lo que en cuanto el día llegó ya con sus disfraces fueron a cumplir con su plan, no esperaban que al hacerlo, la puerta se abriría como si los estuviesen esperando, en ese momento muchos dieron vuelta atrás y decidieron volver con sus familias pero unos pocos valientes decidieron entrar, Jorge Bravo fue uno de ellos, un niño de 11 años lleno de curiosidad que miraba todo sin perderse ningún detalle, algo que llamó su atención fue un pequeño cuadro en el que se mostraba a una familia, entre ellos una joven de mirada dura que vestía un llamativo vestido rojo, Jorge decidió dejar el cuadro donde estaba y siguiendo a sus amigos continuaron inspeccionando el lugar, los niños no lo notaron, pero había alguien que los acechaba desde la oscuridad, en ese pueblo era bastante común que las noches fueran claras, por lo que a pesar de la falta de electricidad, la gran cantidad de ventanas eran de mucha ayuda para que cada lugar estuviera lo suficientemente iluminado, pasaron por muchas habitaciones tratando de no separarse del grupo, pero el joven Jorge se distrajo el tiempo suficiente como para perderse, comenzó a temer cuando dejó de escuchar las voces de sus amigos al charlar por lo que pidió ayuda, gritó y gritó, trató incluso de moverse pero temía perderse aún más y en un arranque de impotencia comenzó a llorar, sin embargo, su llanto fue acallado por una voz que oyó como un susurro.

—No llores, niño — Era la voz de una mujer, pero que en vez de ser dulce o melodiosa sonaba dura y áspera, ésta hizo que Jorge callara su llanto, él sabía que de ningún lado la conocía y temía descubrir de dónde provenía.

—Si estás perdido te guiaré a la salida, pero no llores.

Permaneció quieto por unos segundos, pero luego se giró tratando de encontrar el origen de la voz.

—¿Quién eres, dónde estás?— Preguntó con temor.

—Eso no importa, pero abriré las puertas para ti y así podrás salir.

El intimidado jovencito se limitó a agachar la cabeza y agradecer en voz baja.

Tal como lo escuchó, ante él se fueron abriendo algunas puertas y antes de que se diera cuenta frente a él ya se encontraba la gran entrada de la mansión, que al igual que las otras, se abrió sin que siquiera tuviese que tocarla, Jorge salió con prisa sintiéndose a salvo, más antes de partir decidió darse la vuelta, notando como una mujer joven caminaba de espaldas adentrándose en la mansión, lo que llamó su atención no fue sólo lo elegante de su andar, sino que a pesar de las fechas, vestía un elegante y bastante cubierto, vestido rojo.